

“Carolina, hay algo que debo decirte: durante los días en los que seguí tus pasos por esta ciudad de viento y sol, fuiste la puntuación precisa de un texto impecable.

Lo mejor de este viaje fueron tus silencios atentos, leí tus ojos y comprendí con claridad lo que decían.”

Fragmento del cuento *Apertura*, José Zuleta.

Mario Arrubla: editor, maestro de escritura

JOSÉ ZULETA

Vivió al margen y en el centro mismo de todos los asuntos. Sufría de pánico escénico, evitaba figurar, usaba seudónimos. Ese rasgo de su carácter le impidió ser profesor o conferencista. Se negó a participar en foros, a dar entrevistas, a exponerse en público. Le gustaba conversar, tenía unos pocos amigos a los que se ofrecía por entero. Alguna vez contó que como era el más alto del barrio le decían “Vara’e Premio”. Y que por muchos años trató de parecer más bajo para no sobresalir, para no ser objeto de burlas. Solo cuando jugaba fútbol sabía sacar partido a su estatura y ganar por arriba a sus rivales. No sobresalir, no ser notorio, hacer en silencio, trabajar para que otros pudieran mostrar de mejor manera lo que no podían lograr solos. Eso hizo siempre sin esperar gratitud alguna. Trabajó sin pausa toda su vida, al margen, ayudando a construir la obra de varias generaciones de intelectuales colombianos.

También gozaba de la belleza, de la vida toda: ver un partido o el noticiero, y comentarlos en vivo y en directo. La música, sentía la música. Cantaba tangos y boleros. Leía, sobre todo leía. Y corregía. Entraba a las librerías a ver las novedades, abría los libros y escrutaba con curiosidad rigurosa. Casi siempre advertía un error: una oración desafortunada, una traducción inexacta, una idea malograda. Sonreía, alzaba las cejas y devolvía el libro al anaquel.

Nuestra correspondencia comenzó en febrero de 1990 y duró hasta comienzos de 2019. El primer mensaje fue con ocasión de la muerte de mi padre, Estanislao Zuleta. Y nos hicimos amigos. En esa amistad intermitente viví sus ráfagas de entusiasmo, su generosidad para enseñar, y un afecto que sabía condimentar con el ají de la complicidad. Proponía una amistad en la cual los secretos y las revelaciones íntimas construían el salvoconducto para una confianza que daba a las conversaciones el tono clandestino de una misión secreta. Muchas veces, su conversación o sus narraciones iban precedidas de esta oración: “Esto es muy entre nos, nadie puede saberlo...”.

Le pregunté sobre su relación con mi padre, la primera juventud, sobre su encuentro.

Relató que se conocieron en la biblioteca del Liceo de la Universidad de Antioquia. Al principio se miraban con recelo: “Mirábamos qué estaba leyendo el

Bogotá (1960). Ha publicado cinco libros de cuentos, cuatro de poesía, uno de retratos y una novela. Ganó el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009. Trabaja y vive en Cali.

otro”. Hasta que un día, finalmente, hablaron de un libro que habían leído los dos: una biografía de Goethe.

En una ocasión, con motivo de una semblanza que me encargaron escribir, le pregunté si había sido parte del Centro Literario Porfirio Barba Jacob. Esto respondió:

[...] Nunca estuve en el Centro Literario Porfirio Barba Jacob, Zuleta ya me conocía lo suficiente para intuir que eso no se acomodaba a mi carácter. Y no me invitó a ingresar. Por esos mismos años 1951-1952, él y yo ya éramos llaves. Y leíamos los mismos autores. Uno de los varios libros que leímos fue *Viaje a pie*. Bueno, he dado ejemplos de pequeñas informaciones que te indican que yo podría, desde afuera, ayudarte a corregir o a precisar. Y como te digo, sobre ese período de la adolescencia y juventud de Estanislao, no vas a encontrar a nadie que tenga, ni de lejos, un conocimiento como el que yo tengo. Así que pongo a tu disposición para la ampliación de esta semblanza mis conocimientos de primera mano, en la forma en que te digo: como respuesta a preguntas puntuales que tú me hagas. Más no digo. Mi relación con Zuleta es para mí un asunto demasiado privado, demasiado personal. Y me queda difícil “ventilarlo”. Tuvimos en esos años decisivos una relación de esas que los psicoanalistas llaman de “dobles”, y no me gustaría que se mencionara públicamente: son esas intimidades “que los pudores vedan nombrar”; éramos contrarios casi en todo, y eso nos atraía. Eso que teníamos de contrarios nos convertía en complementarios. Las diferencias nos unieron en esa primavera de la vida. Era extraño que dos naturalezas tan distintas se atrajeran y se unieran en un solo punto: el amor a los libros, a la palabra escrita, el amor a los mismos autores: Dostoievski, Kafka, y un largo etcétera (Mann era más de él que mío, solo en la adultez lo hice mío). En fin, el amor por los mismos sueños de realización intelectual. Puedo afirmar que soy quien conoce más a Estanislao como intelectual y como persona, entre 1951 cuando nos conocimos en tercero de bachillerato y 1968 cuando nos distanciamos. [...] Va una anécdota, de paso: el hombre era muy malito como estudiante e iba perdiendo el tercer año de bachillerato. Doña Margarita, viendo que andábamos juntos (yo lo llamaba todos los días, teléfono 135-54, esos amores de los quince años no se olvidan, para demostrarlo te doy el número de teléfono), un día que tomó mi llamada, me dijo que por qué no ayudaba a Estanislao para los exámenes finales. Yo acepté y nos encerramos a estudiar en el pequeño estudio de él, que daba a la calle Cuba. Y lo que ocurrió fue que terminamos leyendo *Los hermanos Karamazov*. (Correspondencia personal, abril de 1997)

Por esos días leyó un par de cuentos míos, su lectura lo entusiasmó. Entonces nació una relación literaria y una suerte de taller: yo le enviaba borradores de lo que estaba escribiendo y Mario me comentaba, me criticaba. Transcribo uno de los primeros mensajes con los que comenzó aquel taller de escritura por correspondencia:

DERECHA

En febrero de 1990, tras la muerte de Estanislao Zuleta, su hijo José Zuleta y Mario Arrubla iniciaron un intercambio de correspondencia que se mantuvo durante casi treinta años, propiciando un vínculo de amistad y de consejería en torno a la escritura.

De izquierda a derecha: José Zuleta, Estanislao Zuleta y Yolanda González (esposa en segundas nupcias).

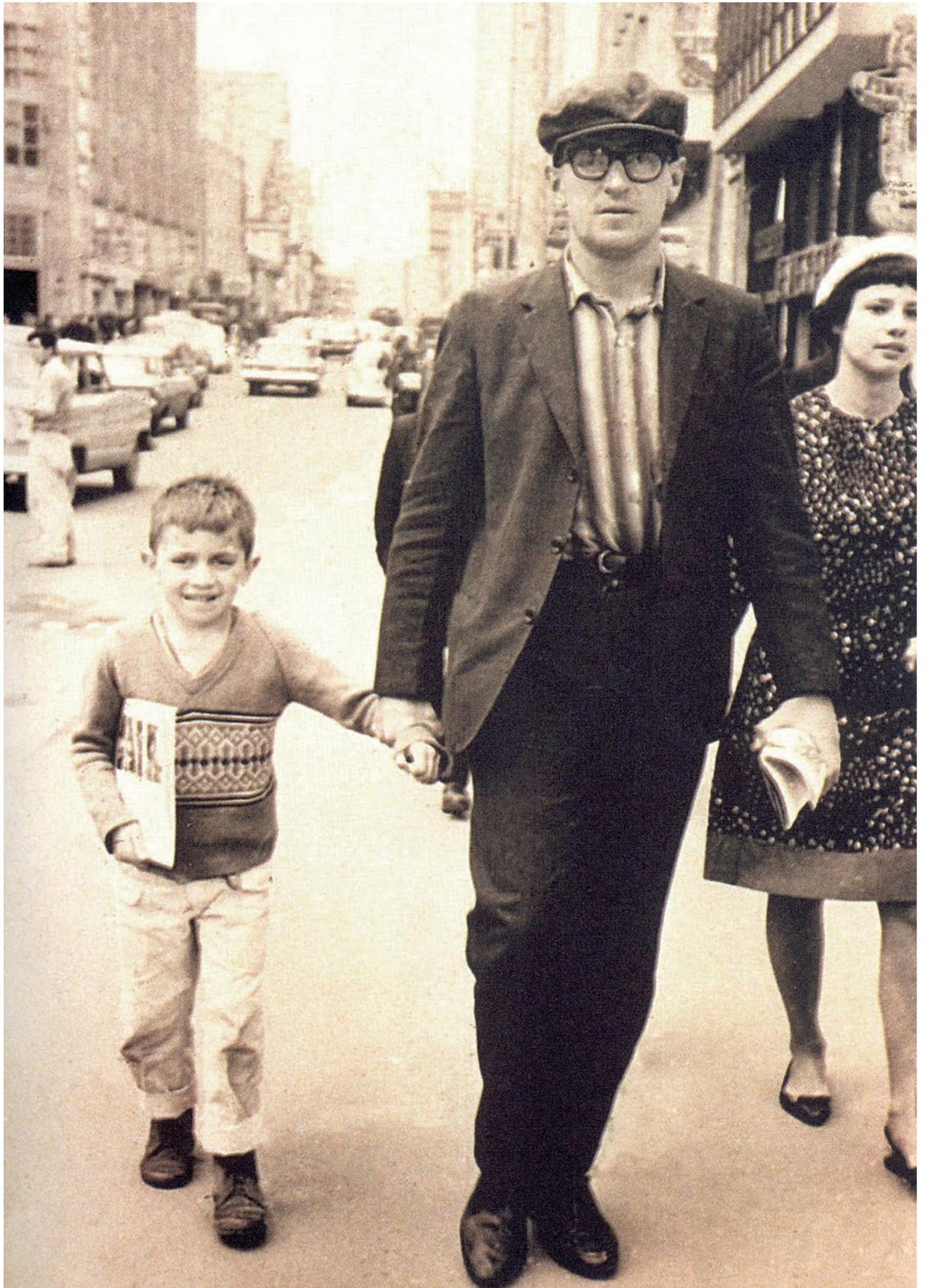
Tomada de *Al Margen*,

n.º 23, 2007, p. 109.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

Querido Pepe:

Estoy completamente de acuerdo con aplazar la publicación de tu cuento y en especial (si entendí bien) con tu voluntad de trabajarlo (pulirlo, revisarlo) literariamente en el futuro y con tiempo. Digo en dos palabras mi opinión: admiro y me place tu talento para concebir buenas ideas literarias (eso es la mitad de lo necesario para llegar a ser un buen escritor). Pero me parece que te falta MUCHO MUCHÍSIMO en cuanto a formación como escritor. Reconozco y aplaudo tu talento, pero percibo con igual claridad todo lo que te falta para escribir y componer bien en términos de forma. Puesto que tienes talento para producir buenas ideas literarias sería una lástima que ese talento y las ideas que él te dicte se desperdiciaran por bajo



nivel estilístico, por defectos de composición, por falta de formación personal del gusto. (En Colombia, por desgracia, nadie va a notar eso, o sea, nuestro medio no representa una exigencia que te impulse a mejorar la calidad de tu *artesanía*, de manera que tus cuentos alcancen un valor universal, más allá del reconocimiento que puedan obtener en nuestro pobrísimo medio.)

Yo te recomendaría leer –no leer, no–, *estudiar*, leer una y otra vez observando sobre todo los aspectos formales: de composición, estilo etc. Digo “estudiar” una y otra vez (para que aprendas y algo se te pegue, se te contagie, ambas cosas conviene que ocurran) autores que hayan tenido una especial preocupación por la forma, por la composición, por el estilo, etc., en general por la perfección formal de la OBRA, pues en punto a lo que llaman la forma están en mi opinión tus carencias. En primer lugar, te recomiendo estudiar detenidamente a Nabokov (hay un librito de él que creo se titula *Trece cuentos*, y están sus novelas; hay muchas ilegibles, al menos para mí, y por tanto específico cuáles deberías estudiar: *La verdadera vida de Sebastian Knight*, *La defensa*, *Lolita*, *Prin*, *Mashenka*, *Risa en la oscuridad*. *La defensa* te va a gustar mucho, si no la has leído. *Risa en la oscuridad* es un magnífico tango). Te recomiendo igualmente leer los cuentos de J. D. Salinger, otro escritor preocupado por la composición formal, pienso fundamentalmente en *Nueve cuentos* (no pienso en todos esos cuentos, pero sí en algunos, hay uno bellissimo; ni pienso en su novela *El cazador* o *El guardián entre el centeno*, no). Asimismo, te recomiendo los mejores cuentos de Anton Chejov (hay un librito que los contiene, *La Rusia olvidada*, también hay allí un cuento bellissimo). Y finalmente recomiendo *Dublineses* de James Joyce (solo *Dublineses*: cuidado con leer *Ulises*, no sea que se te vaya a dar por aprender las técnicas del monólogo interior y demás mierdas de ese jaez). Todos los grandes escritores son en el fondo imitadores de otros grandes escritores, solo que su imitación es profunda, imperceptible a una primera mirada –no la imitación ostensible y mecánica del loro–. Sí, mi querido amigo, si quieres llegar a ser UN BUEN ESCRITOR (y de seguro que puedes llegar a serlo, te falta mucho, pero tienes de partida algo muy importante) debes ponerte a estudiar, de manera esforzada, disciplinada, como el que se prepara y entrena para ser un buen músico. (Correspondencia personal, junio de 2002)

Me dio un gran susto leer ese mensaje. Me alentaba y al tiempo creaba una sombra sobre mis posibilidades de llegar a ser escritor. Quedé herido, las mayúsculas, “MUCHO MUCHÍSIMO”, contrastaban con las minúsculas, “reconozco y aplaudo tu talento”. Leí y releí. Entendí que se me estaba brindando la posibilidad de tener una opinión sincera sobre mis textos. Supe que estaba ante una dádiva. Ante una oportunidad. Tuve la intuición de que iba a sufrir, pero también de que aprendería. Y así fue.

Comenzó entonces una amistad intensa. A veces me enviaba o sugería libros: Conrad, Singer, McCullers, sus traducciones de los cuentos de Stanley Ellin... Luego sobrevenían largos, incomprensibles silencios. Yo le enviaba cuentos, él respondía tarde, pero respondía:

Yo diría que varios de los defectos que he señalado obedecen a la voluntad del autor de decir más de lo que debe decir, a guardarse el menor número posible de cosas dentro del tintero, a comunicar todas las ideas que le suenan de por sí atractivas. Esto me hace recordar una anécdota: Thomas Mann tenía la mejor editora de sus conferencias y artículos en su hija Erika. Lo que ella hacía era convertir 100 páginas de original en 30 o 40 páginas. Sí, a un autor le es muy difícil prescindir de algunas de sus frases; por no hacerlo, sacrifica la perfección estética de su trabajo, lo que

Los Condenados

Por MARIO ARRUBLA

“Quién eres?
Sin mayor asombro el cabalero se incorporó y contestó:
— El alcalde de Riva”.

KAFKA

En el salón había un ambiente agitado. El humo de los cigarrillos se elevaba sin naturalidad, en ese humo los hombres querían fingir indiferencia. Hablaban unos con otros, el tema estaba quebrado, cada uno solo veía la expresión del otro, esforzadamente natural, y se imaginaban turbados, el propio rostro, vulgarmente cosificado por el temor y la vergüenza. Entre esa complicidad humillante, cómo podrían desde ahora estimarse, si el recuerdo de esa denigración se interfería por siempre entre ellos?. Sólo ella se paseaba orgullosa, sin avergonzarse de su triunfo. Por el contrario, permaneció definitivamente en su desafío, en esa enfurruñada expresión que con el silencio daba por sentado su triunfo. “Que alguien volviera a tocar con ella y verían”, parecía decirles. Se paró en su pedestal y el desafío quedó generalizado.

El también se sintió desafiado. Sabía que si permanecía impasible, no quedaría verdaderamente al margen. Sería tomado por todos como un mudo respeto a esa cólera. Lo mismo que ella. Ella era la reina de la situación. Bien hubiera querido él no tomar en cuenta esa situación, pero se vio de pronto completamente metido en ella. Ahí estaban las conciencias de ellos, y no pudo escapar al sentimiento pesante de sus juicios. De todos modos, obraría; de todos modos, esto era lo principal, que ante ellos siempre quedaría como actuante. Hiciese lo que hiciese. Se fuera o se quedara.

Ante todo, comprendió que lo obligaban. Que de todos modos tendrían sobre él un juicio. Esta certidumbre lo molestó bastante. Mi-

ró al que causaba tal situación; eso que sentía era un verdadero odio. Comprendía, él estaba enterado de los antecedentes, que la mujer estaba en su derecho, que defendía sus derechos a que no tocaran con ella. Eso estaba bien. Pero luego de abofetear al que trató de negárselos, —el hombre había renunciado—, rayó su mirada por el salón y se convirtió de pronto en esa prohibición enfurruñada. A su antojo, todos los del salón quedaron dependiendo de su posición, todos sabiéndose obligados a pasar por algo, —cobardes, respetuosos del que así los determinaba, o seguidores de un impulso grosero— El lo comprendió perfectamente, vio el camino que ella les mostraba, y aunque era el que él hubiera seguido, eligió el otro. Antes del hecho, cuando se paseaba por el salón, nunca había pensado en tocar con ella. Pero ya la significación era otra, y ella la había establecido. Con su mirada decía que cada uno habría de actuar. Esta era la determinación absoluta. Y aquí nació su odio. Por el otro lado, quedaba ceder o no ceder a la prohibición. Si cedía, era el respeto a su rabia. Ella quedaría entonces en su pedestal, incólume ante ellos. Ellos, completamente por debajo. Además, era aceptar pacíficos que ella se eligiera en su juez. Era natural no tocar con ella, pero ella los había lanzado a esa naturalidad.

Sólo quedaba optar por lo antinatural. Era la única forma de escapar a un mundo completamente establecido por otro. En esa protesta mostraría que él también era dueño de un mundo, o por lo menos, podría serlo cuando lo quisiera. Y nada mejor para demostrarlo que ese momento en que le negaban tal hecho y lo querían obligar a ser un mundo que otro le mostraba.

Entonces decidió que no quedaba más que irse a los cuerpos. Se le fue por un lado y la tomó por la espalda. Si continuaba teniéndola era mostrar que se había ahogado en ese desafío, que le había llenado esa lucha en su ser. No era el deseo “en sí” de tomarla lo que lo había arrastrado. Era mostrar su libertad. Aflojó pues. Ella se debatía y un poco libre ya, trató de atacar. Entonces tuvo que apretar de nuevo. Era una lucha de igual a igual, en la que a cada momento se establecía esa igualdad. Ninguno de los dos podía ceder, —él de apretar y ella de luchar por soltarse y atacar luego— pues la igualdad se rompería a favor de uno de ellos. El lo comprendió así, que ella no cedería tampoco, y se sintió de pronto horriblemente hastiado. Le provocaba tomar ese cuerpo que se debatía entre sus manos y hacerlo a un lado como algo que quería terminar. Pero ella se le avalanzaría al instante. Poco a poco, el cuerpo que rozaban sus manos se le fue revelando secamente intrascendente. Las costillas eran absurdamente reales y presentes. Era como una bolsa de carne y huesos que cobraba una fuerza pesada y de tacto medianamente la voluntad de un duendecillo que la habitaba y que ponía todo su empeño en rebelarse en esa fuerza. Al instante sintió sus manos y su esfuerzo como sentía al otro. Cargantes, como una realidad separada de él y de todo, apareciendo en el mundo sin razón alguna pero con grandes pretensiones a imponerse. Sintió asco y quiso acabar con eso; apretó más para ahogar al otro, pero no comprendía cómo esa fuerza podía acabar con un hombre, una fuerza tan material; tanto, que lo decepcionaba y por no prestarle mayores atenciones no hacía el esfuerzo suficiente. Sin embargo, el otro ya

El cuento “Los condenados” fue publicado por primera vez en septiembre de 1955, en la revista *Letras Universitarias*, un medio de divulgación académica y cultural de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Arrubla lo recordaba por ser su primera producción narrativa y por haber obtenido retribución económica al publicarlo, cuando apenas tenía 19 años.

Letras Universitarias, n.º

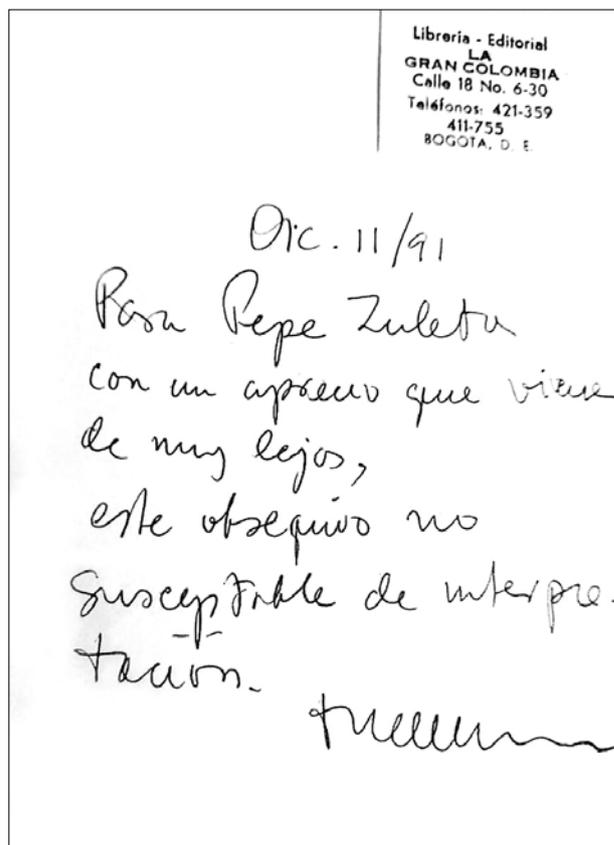
41, 1955, pp. 83-84.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

llaman “la obra”. La obra exige sacrificios. Yo tengo un buen crítico, un buen editor: Ramiro Montoya. Él es bastante bueno para podar, para capar. Tiene el sentido de lo que se debe quitar. Tiene un talento especial para ello. Le mandé a Ramiro mi artículo respuesta a Kalmanovitz y me lo mejoró hartito con las sugerencias que me hizo de cantidad de frases que yo debía quitar (pregúntale y verás cuando lo encuentres). Desde eso le mando todo lo que voy a publicar, y me felicito por tener a alguien con criterio que pueda prestarme esa importante ayuda. Es muy difícil repicar y andar en la procesión: es muy difícil escribir —lo que significa explayarse en el gusto— y además poner el freno en todos los puntos donde conviene.

p. s. Por todos estos mensajes —estos ires y venires de mis opiniones— puedes ver que le pongo de verdad atención al asunto entre manos. (Correspondencia personal, septiembre de 2002)

A veces me proponía paseos: “Vamos a Medellín, quiero mostrarte unos lugares claves”.



Dedicatoria a José Zuleta, en uno de los libros de Mario Arrubla. Se identifica la marca de la librería-editorial La Gran Colombia. Cortesía del autor

En esos viajes visitamos el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el antiguo Liceo de Antioquia, el Cementerio San Pedro, el barrio Lovaina, la Casa Gardeliana, el barrio Prado. Cantábamos, recitábamos poemas, bebíamos aguardiente, comimos alguna vez en la Placita de Flórez. Jugamos ajedrez en el Club Maracaibo. Una vez fuimos a un billar del centro, subimos a un tercer piso por una escalera fatigante. Antes de pedir las bolas al garitero nos sentamos frente a la mesa en que íbamos a jugar. Mario inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, tenía un gesto de ensoñación en su rostro. Permaneció así un par de minutos. Al fin abrió los ojos. Le pregunté si estaba bien. “Sí”, dijo, “estaba escuchando el entrechoque de las bolas, los ruidos de la greca, el trasiego de las botellas de cerveza y los pocillos del tinto, el tango tratando de dejarse escuchar entre esos sonidos: es la música de mi juventud, sonata de una tarde de sábado en 1950”.

Durante el juego explicó:

Los buenos jugadores de billar tienen un talento especial para la ‘quedá’, que es el arte de dejar mal al adversario. Se trata de tacar de tal modo que, si no hacemos carambola, el rival quede en una posición incómoda para tacar en su turno. Hacer y no dejar hacer al otro. A mí lo único que me importa es hacer, tirar ‘quedá’ no es lo mío.

Luego de esos recreos hablábamos de literatura. Entonces desplegaba todas sus potencias, su particular conocimiento del arte de escribir. Le conté que a los quince años leí con un amigo, en voz alta, su novela *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*. Vino a mi memoria un fragmento del final, cuando el narrador describe la ruptura entre el padre y el hijo. Se lo recité como un poema:

Dos golpes

El padre y el hijo se encontraron en mitad del patio. Los rayos del sol caían todavía verticales. A un lado, las verdes barandas de los corredores; al otro, las macetas de bifloras y de novios. Y el cielo azul abovedando el patio.

Parados frente a frente, a menos de un brazo de distancia, los ojos se abismaron en los rostros. Largamente, casi hasta arder de sueño. Entonces parecieron olvidar lo que los había separado, lo que los tenía ahora frente a frente.

Un golpe. Sin sacudirse el sueño, el puño del padre, por un aire que se había hecho acuoso, vino a estrellarse en el pecho del hijo. El mundo guardó silencio para escuchar el sonido de ese golpe.

Otro golpe. Sin odio, sin pasiones, de manera automática el puño del hijo vino a estrellarse contra el pecho del padre. El mundo siguió en silencio para escuchar ese segundo golpe.

También el sol había detenido su carrera para verlos. Bajo su quieta luz, las barandas verdearon y las flores enrojecieron como nunca. (1967, p. 153)

Sonrió como si le llegara un recuerdo doloroso que el tiempo hubiera transformado hasta hacerlo entrañable.

Otro día en Bogotá fuimos a un bar de tangos. Nos unía el gusto por algunos compositores. Recordábamos las letras antes de pedir las canciones. Gozábamos al coincidir en letras que nos conmovían: *Naranja en flor*, *Trenzas*, *Sur*. Propuse, como un juego, un desafío: que escribiéramos una letra. Yo comencé:

Y vendrá la memoria con el festín de lo vivido
Y el patio de la infancia donde moríamos de amor
Otra vez la baranda.
Vigilaba tu madre en su ventana
Abajo nosotros estrenando el sabor
Las palabras de prisa en nuestras manos
Y el grito de tu madre era tu nombre: Juliana.

Aquí Mario escribió su parte:

Y vendrá la memoria con su festín de olvido
A recrear la tarde de nuestro amor secreto
Sobre la roja patria de las bocas, una furia, un infierno
Lo clandestino es dulce y es siniestro, y más dulce
Y entonces volverá el olvido a socorrernos.

En nuestra correspondencia comentábamos los autores que estábamos leyendo. En un mensaje del año 2005 escribió:

Sobre Murakami no me atrevo a formular un juicio todavía. La literatura, más que el cine, es algo que necesito procesar (de manera inconsciente, o mejor, sin reflexionar directamente en ello, como si el tiempo trabajara solo). El mejor ejemplo de lo que digo fue lo que me pasó con *8½* de Fellini. Cuando, de joven, la vi por primera vez, me sentí ofendido, me dio rabia. Pasaron los años, y de pronto empecé a recordarla vagamente, con cierta fascinación. Entonces unos ocho años después de haberla conocido volví a verla. Y sentí entonces que era una de las películas que más me habían gustado en la vida (sigue siéndolo). No quiero decir que vaya a pasar lo mismo con Murakami, sino que en estos temas de carácter artístico muchas veces le pasa a uno que quiere dejar reposar las cosas

DERECHA

“Nada y así sea” fue publicado en julio de 1980, en la revista *Pluma*. La dedicatoria del texto está dirigida a la reconocida mezzosoprano colombo-suíza Martha Senn.

Pluma, vol. 4, n.º 22, 1980, pp. 18-19.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

antes de asumir una posición, de formular un juicio. Y con Murakami no tengo las cosas claras. Lo único que puedo decir es que es hábil e inteligente. Otra cosa que mencionaré, que de por sí no significa una aprobación ni una condena: su voluntad de conectar con el público, sin ahorrar medios. No digo más, por el momento. (Correspondencia personal, octubre de 2005)

Después, en 2018, me dijo:

Murakami es un escritor al que el éxito le ha hecho mucho daño. Escribe mucho más de lo que debería. Escribe y publica al ritmo de las ventas, y eso es lo peor que puede hacer un escritor. A estas alturas ya le sobran a su obra como diez libros.

Una vez le escribí para solicitar un texto suyo:

Hola querido Mario:

El pasado viernes estuve en Medellín reunido con los directores de *Odradek El Cuento* (Elkin Restrepo, Claudia Ivonne Giraldo y Lucía Donadío). Propuse un número especial al que di el título de “La tradición invisible”. La idea es publicar muy buenos cuentos que fueron poco leídos, o son desconocidos. Uno de los cuentos que propuse fue “La dama de las camelias”. Pido primero tu opinión y, si estás de acuerdo, tu autorización para publicar algunos de tus cuentos en “La tradición invisible”. Espero tu respuesta. (Correspondencia personal, diciembre de 2009)

Al otro día escribí:

Querido Pepe:

Antes de responder tu pregunta, quiero pedirte un favor (un deseo suscitado por tu mensaje). El primer escrito literario que yo hice en la vida lo publiqué creo que en 1953 (un año antes, un año después, más bien después que antes) en una revista de Medellín¹. Yo no guardo casi nada de lo que he escrito (tengo por ahí tres o cuatro cuentos publicados en algún periódico o revista, completamente olvidados, de los que no dejé copia). Pero ese que fue mi primer cuento (creo que se llamaba “Los condenados”) quedó por tal condición –ser el primero– grabado en mi memoria, tanto más cuanto que ¡ME LO PAGARON! (como para crearme, a esa edad temprana, la ilusión de que uno se podía financiar como escritor). Tu mensaje me hizo acordar de ese primer cuento, y también de una curiosidad (arqueológica) que varias veces he sentido en estos últimos cincuenta años: encontrar ese cuento. (Entre nos: en esa época mi fobia social no me hacía ver tan espantoso que mi nombre apareciera ofrecido a la bestia anónima del público.) Me cuentas. Tal vez en Cali esté esa revista; si no, sé que está en la Luis Ángel, y seguramente en la misma U. de Antioquia. Tal vez tú tengas quién pueda mirar y, si encuentra ese cuento (dos páginas, creo), fotocopiarlo, para que me lo envíes escaneado o en correo regular (barato). Te agradecería mucho pues ello realizaría un viejo deseo, y como te digo, prefería aplazar cualquier respuesta a tu último mensaje hasta después de volver a ver ese cuento. (Ah, si consigues copia de ese cuento también podrías mandarme en el mismo correo copia de “Nada y así sea”, que tampoco tengo pero recuerdo apareció en revista *Pluma*.)

Un abrazo,

Mario

(Correspondencia personal, diciembre de 2009)

1. Se refiere a “Los condenados” (1955).

MARIO ARRUBLA



NADA Y ASI SEA

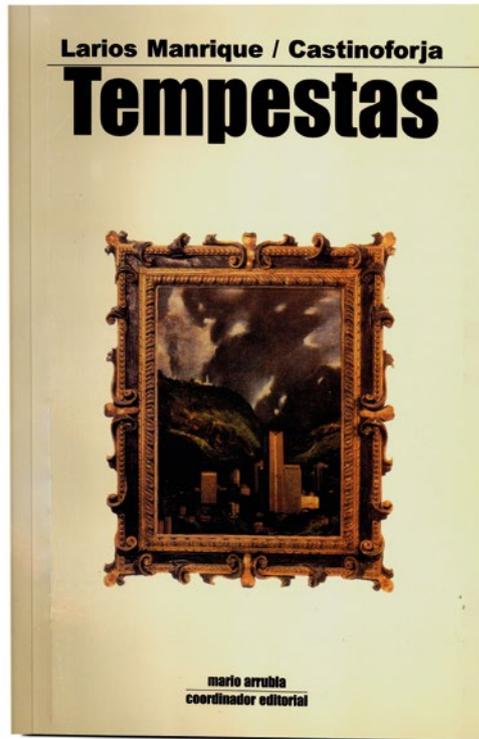
Para Marta Senn

Ese día, no sé que asunto me había llevado a la Zona Franca. Ahora recuerdo. Sospechaba que una edición pirata de un libro mío, que se distribuía impunemente en la ciudad, hubiera sido hecha por el librero Saleman que acababa de montar allí unos talleres de impresión. Nada contribuyó tanto a moderar mi radicalismo revolucionario como aquel atentado contra mis derechos de propiedad intelectual. Las leyes, que antes llamaba burguesas y opresoras, ahora me parecieron de una tibieza rayana en la alcahuetería. Mi amigo Julio Martín, el abogado, había presentado en vano varios recursos pidiendo que por lo menos se librara una orden de embargo contra aquellos ejemplares descaradamente exhibidos en las vitrinas que en más de una ocasión me habían quitado las ganas de almorzar. Vivimos en un país sin leyes, en una selva, me repetía

18

una y otra vez el abogado, 'y yo no tenía el menor inconveniente en asentir. La sospecha contra Saleman se fundaba exclusivamente en el hecho general de que hubiera montado una imprenta en un sitio exento de cargas tributarias.

Pero al llegar a las oficinas de administración olvidé completamente mi propósito. Allí estaba Carmen S., mi gran amor de la edad de madurez. No estoy dispuesto a contar a nadie las cosas que había hecho por aquella cantante de ópera. Una de las características más notables del amor es que por él hacemos cosas que a los ojos del mundo, y a nuestros propios ojos como seres mundanos, resultan incuestionablemente ridículas, sin que por ello las consideremos esencialmente tales. Este acto, de mí hacia ella — es como si nos dijéramos — se queda más bien corto. Las cosas



Tempestas fue publicado el 23 de abril de 2001 y corresponde a la segunda entrega de la serie *Castinoforja*. Editorial Lealon, 2001. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

Elkin Restrepo encontró el cuento y se lo envió. Mario respondió:

Elkin, Pepe:

No, mi cuento de adolescente no me gustó ni cinco. No me gustaron sus “ideologismos”, y no me gustó como literatura. Desagradables ideas aprendidas de los existencialistas (mal o bien aprendidas, da lo mismo, jartas ideas). Pero todavía me molestaron más las torpezas de escritura (hasta hace un momento pensaba que yo entonces escribía mejor). Les escribo cinco minutos después de haberlo leído, lo que significa que no creo necesario darme tiempo “para pensarlo mejor”. Volveré a dejar que se hunda en el olvido, y a ustedes, si puedo considerarlos mis amigos, les pediría que hagan también como si no lo hubieran leído. Silencio sobre el tema. Y en cuanto al mensaje que contiene el attachment: *delete, trash, return*. Asimismo, les agradecería no me comenten nada, ni para bien ni para mal. La ropa sucia se lava en casa. Bueno, tomé clara conciencia de una cosa: que como escritor no tengo nada de precoz. Mi agradecimiento con ustedes es el mismo de antes de haber recibido la copia: grande. Gracias a Elkin por invitarme a colaborar en la revista. ¿Me podrían mandar en alguna forma una copia de “Nada y así sea”? (Revista *Pluma*, yo diría que hacia 1983.) Con ese espero correr mejor suerte como lector. Si no, voy a pensar otra cosa: que como escritor no tengo cualidades ni precoces ni tardías. Un abrazo –o dos–.

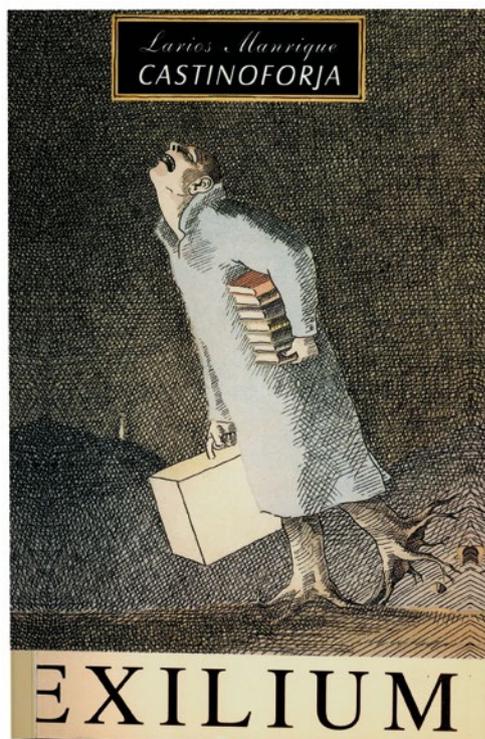
Mario

(Correspondencia personal, diciembre de 2009)

Después envió otro mensaje:

Elkin, Pepe:

En lo que respecta a publicar un viejo cuento mío, las cosas se aclaran: ya quedó descartado el que sabemos (no mencionable, por siempre invisible). “La dama de las camelias” (¿1958?) también debe descartarse, pues fue publicado de nuevo



Exilium forma parte de la trilogía *Castinoforja*. Publicado el 12 de octubre de 2000, fue la primera entrega de esta serie dramaturgica. El nombre de Mario Arrubla aparece bajo el crédito de coordinación editorial y la autoría se atribuye a Larios Manrique. *Exilium*, Editorial Lealon, 2000. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

recientemente en *Al Margen* (y no quiero volver a publicarlo, por lo menos en los próximos veinte años). Queda “Nada y así sea”, que es posible me haga ganar cien dólares. Cuando Pepe me escribió pidiéndome autorización para publicar uno de mis viejos cuentos, Socorro, mi esposa, que pretende conocerme más que lo que me conozco a mí mismo, me apostó cien dólares a que yo no daría esa autorización. Mi apuesta (mi chance de ganarla) está en semifinales. Es decir, debe dar dos pasos: 1) que ese cuento más o menos me guste, 2) que gustándome, además me guste publicarlo. Este paso final quisiera (tiempo subjuntivo) darlo no solo por los cien dólares, sino para no negarles algo a ustedes.

Mario

(Correspondencia personal, diciembre de 2009)

A comienzos del siglo XXI (años 2000 y 2001) publicó *Exilium* y *Tempestas*, dos libros que aparecieron con la Editorial Lealon de Medellín, firmados bajo el seudónimo de Larios Manrique. En la portadilla interior de ambos libros aparece este texto: “Mario Arrubla. Coordinador editorial”. Ernesto López, quien dirigió durante cincuenta años la editorial, estuvo a cargo de su impresión y distribución. Un año después de publicar el segundo título, Mario le pidió a Ernesto que retirara los dos libros de las librerías y los regalara a los recicladores de papel.

¿Por qué Mario recurría a un seudónimo para firmar sus textos? ¿Por qué se autodenominaba “coordinador editorial” de los textos que escribía? Las razones no las conozco plenamente, aunque hay luces sobre ello en su frase de uno de los mensajes de 2009: “[...] en esa época mi fobia social no me hacía ver tan espantoso que mi nombre apareciera ofrecido a la bestia anónima del público”. Sea lo que fuere, Mario tenía una autoexigencia tan alta que lo inhibía. La misma exigencia que aplicaba a los textos ajenos. La diferencia consistía en que a estos solía dedicarles mucho tiempo, todo del que dispuso, para hacerlos mejores.

Una vez envió este mensaje:

Estoy celebrando la terminación de un trabajo que llevaba más de dos meses haciendo, y que me dio muy duro, con atrancones que me hicieron ver el infierno. Digo “celebrando”, pero eso es un decir (aunque fue un gran descanso terminarlo), porque en realidad al terminar me agarró la depresión del siglo. Quedé completamente seco, esa es la palabra. Me acordé de Thomas Mann (no me estoy comparando con él), que cada vez que terminaba un trabajo quedaba de muerte (literalmente de muerte, muchas veces quedó de hospital, tanto que su familia temblaba cuando sabía que el hombre estaba a punto de terminar algo). Hoy, mi depresión o mi desierto moral era de tal hondura que me tuve que meter una anfetamina. Y bueno, después de “la toma de la pastilla” –como pronunciaba un turco hablando de la Revolución francesa– quedé por lo menos con ánimo de mandarles este mensaje a los amigos que gustan de la música popular. Se extrañarán del bolero que les estoy mandando como celebración, lleno de cursilerías como ocurre a menudo con el género. Pero este bolero tiene el verso más genial que ha producido toda la música popular reunida. Dice así: “El amor es cosa rara, enloquece y empalaga”.

¿Por qué “celebro” con este bolero, o mejor dicho, con ese verso? Sabrá Moya.

M.

(Correspondencia personal, julio de 2016)

Hablando de política, en un mensaje de enero de 2010 le pregunté si había algún lazo familiar entre el presidente de la Corte Suprema de Justicia, Jaime Arrubla, y él. A lo cual respondió:

Con tu pregunta me acordé de algo: de cómo el Pibe de Medellín y su esposa (ambos personas muy queridas) siempre que me veían hablar se mostraban admirados del enorme parecido que advertían entre Carlos Gaviria y yo. Ellos eran amigos de Gaviria. No se referían a un parecido físico-estatuario, sino a la forma de hablar, de gesticular, de expresión, de lo que llamarían una fenomenología del rostro en acción, de la conducta. Decían: es impresionante cómo nos recuerdas a C. G., nos parece que estamos hablando con él cuando te vemos. Yo no le paré bolas a ese comentario, que siempre consideré una simple coincidencia (yo he conocido varias personas que me recuerdan impresionantemente a otras por la forma espontánea de manifestarse, de componer el rostro, los gestos, etc., sin bases para pensar en un parentesco). Bueno, pues resulta que hace poco tiempo ligué ese comentario del Pibe y su esposa con una ocurrencia que nunca se me había pasado por la mente cuando oía a esos amigos de Medellín asombrarse del parecido: y es que, de mis cuatro abuelos, uno es Gaviria, exactamente la madre de mi madre. Mi madre se llamaba Alicia Yepes Gaviria. En mi casa siempre se asombraban de mi parecido con mi madre y los hermanos de mi madre, tanto que decían que yo era Yepes. Pero, al decir eso, se atenían al hecho legal de que el apellido de mi madre era ese –digo “legal” porque, de hecho, para efectos hereditarios, ella era igualmente Yepes y Gaviria–. Con esa ocurrencia, que vino a ligar el parecido “asombroso”, mencionado por el Pibe y su esposa, con mi descendencia de un Gaviria, nada me extrañaría que me uniera con este un antepasado común.

Haciendo referencia a tu comentario de que “un Arrubla puede parar a Uribe”, yo, otro Arrubla, soy tan pesimista sobre las perspectivas políticas de nuestro país sobre el futuro de la sociedad colombiana que, odiando a Uribe todavía más que a Bush y tanto como al Estado de Israel, cuyo papel geopolítico Uribe quiere copiar, soy tan pesimista, digo, que casi me despreocupo por la reelección de Uribe (en verdad, estoy completamente despreocupado, y ello por absoluta desesperanza). Sí, tenemos, como

lo quieren las clases alta y media y buena parte de la pequeña burguesía —aquellas porque son de corazón paramilitares, esta última por engaño—, tenemos, digo, el más puro retoño ideológico del paramilitarismo en la Presidencia, pero más grave que eso es la falta de perspectivas efectivas de cambio. El país, considerado políticamente, tal vez no soporta otra cosa sino empeorar o, a lo mejor, continuar en lo mismo. Un centroizquierdista no haría nada o precipitaría en reacción una gran masacre (al pie de la cual lo de Pinochet sería un festival); un gobierno de un uribista no es para ilusionarse en ningún sentido (¡Dios nos libre!), y finalmente un gobierno como los que teníamos antes de Uribe no sirve para nada (esos anteriores gobiernos precisamente condujeron hacia Uribe y no lo van a atajar, como fueron incapaces de atajar el paramilitarismo, antes puede que lo alboroten). ¿Te imaginas un César Gaviria (no, no es mi pariente) o alguien por el estilo en el gobierno? (¡Dios y el diablo se unan para librarnos!) Perdona que te hable tan esquemáticamente sobre tema tan importante. Ojalá yo esté equivocado, y que el país pueda tener alguna perspectiva tolerable en el futuro inmediato. Solo quiero agregar que no consideres como cínico lo que digo, sino simplemente como producto de una visión desesperada. (Tampoco se puede descartar que, si me pusiera a hacer un análisis serio y detenido sobre estos temas, pudiera columbrar al menos para mi imaginación alguna perspectiva.)

Un abrazo,

Mario

(Correspondencia personal, febrero de 2010)

El síndrome de las piernas inquietas es una entidad nosológica importantísima. Larios me consultó una vez por eso, y ya ve cómo acabó: desubicado, yendo de acá para allá sin poder arraigar en ninguna parte. Sí, moverse es el único remedio que se conoce. El S.P.I. es el mal que ha puesto en marcha a los más notables caminadores del siglo, desde Mao hasta Marulanda, pasando por el Che.

(Sobre Larios Manrique, tomado de *Tempestas*)

Se fue de huida. Se puso a firmar un comunicado en favor de los derechos humanos —ese tema como es de peligroso— y le hicieron varias llamadas raras, parece que los narcoparamilitares del MAS. Recuerdo nuestro último diálogo, cuando me llamó del aeropuerto poco antes de abordar el avión. —Yo: Usted sí firma su propia condena, ¿no? —Él: Era mi deber. —Yo: Eso, y ahora le toca dejar el país. —Él: El país nos va a dejar a todos.

(Sobre Larios Manrique, tomado de *Exilium*)

El seudónimo más usado por Arrubla, en sus textos de creación, fue Larios Manrique. Tanto en *Exilium* como en *Tempestas*, Arrubla destacó fragmentos que describen al “autor”. En la solapa de contraportada se lee: “Sobre Larios Manrique”. Editorial Lealon, 2000.



De izquierda a derecha: Mario Arrubla, José Zuleta (niño), Estanislao Zuleta, Yolanda González y Silvia Zuleta (niña).
Cortesía del autor

Como ya he dicho, a veces Mario se silenciaba durante meses, no respondía los mensajes. Yo me inquietaba, volvía a escribirle. Una vez, al tercer intento por romper su largo silencio, respondió:

Si te contara la trabajada que me he pegado estos últimos cinco meses, no me creerías. Redacté –míos o “estableciendo” textos de otros autores– unas 250 páginas, entre ellas la revisión (que fue como una nueva traducción) de un trabajo de traducción que hice en 1963. Edité otras 250 páginas de más de veinte colaboradores. Entre ellas traducciones hechas por otros del italiano, el francés y el alemán, algunas de las cuales me llevaron días de trabajo (habría resultado más liviano haberlas hecho yo). Desde que recibí las colaboraciones hasta que despachamos antier el material para pre prensa, leí esas 450 páginas (bien llenitas, como 3.000 caracteres por página; si no, la revista hubiera quedado de 600 páginas), leí, digo, esas 450 páginas *mínimo* seis veces. La primera al recibir las para ver que fueran publicables, la segunda el trabajo de revisión y corrección general de toda suerte de detalles, espacios, puntuación y hasta ortografía que, como te digo, en ciertos materiales lleva hasta dos días. La tercera una revisión antes de pasar a diseño, la cuarta el material ya diseñado. La quinta para

ver que el material diseñado tuviera las correcciones sin nuevos problemas. La sexta para integrar 70 correcciones nuevas que resultaron. Una final, que casi me mata, sobre el material compaginado que muestra dos páginas en pantalla (ello porque en la compaginada a veces se pierden líneas enteras: en este caso se habían perdido dos líneas). Este último mes me levantaba a las cinco de la mañana y terminaba al anochecer, el lunes me levanté a las cuatro de la mañana. Bueno, he logrado mi objetivo: que te enteres de qué costó el plato, y que te canse mi cansancio.

M.

(Comunicación personal, 24 de noviembre de 2005)

La última vez que me envió un comentario sobre un texto mío, lo hizo como si fuera una manera de graduarme, de decirme que su trabajo había concluido. Para hacerlo copió un fragmento de un cuento que yo acababa de publicar y que él no conocía. Está en la primera página del libro de cuentos *La tarde del petirrojo*.

Carolina, hay algo que debo decirte: durante los días en los que seguí tus pasos por esta ciudad de viento y de sol, fuiste la puntuación precisa de un texto impecable. Lo mejor de este viaje fueron tus silencios atentos, leí tus ojos y comprendí con claridad lo que decían.

He gastado mi juventud corrigiendo textos ajenos. Trabajar en un periódico es una suerte de condena; lo que pasa a otros te lleva, pues pasa todo el tiempo y el tiempo no tiene piedad. Esta semana volví a ser, intuí mirándote que lo que me pase a mí es importante, así no salga en ningún diario. Comprendí que tu risa en plena ventisca es la noticia más memorable. Siete días sin saber nada del mundo, tú eras

mi mundo; la discreta pasión de tus palabras enseñándome los samanes, los altos peñascos de los farallones, el vocerío del mercado, la veranera y su reverberación púrpura, me hicieron comprender que todo puede ser un suceso memorable. Ayer cuando te despediste me quedé mirando tu vestido de flores, y a cada paso que dabas alejándote caían de él pétalos, estambres; cuando te perdí de vista ibas ya desnuda (Zuleta, 2018, p. 14).

Al final escribió:

Veo que ya no necesitas de mi ayuda, te felicito y me felicito por los progresos.
Un abrazo.

(Correspondencia personal, noviembre de 2018)

Al escribir textos propios o corregir los ajenos, y también cuando tradujo literatura, la claridad y la eficacia eran los rasgos más distintivos del estilo de Mario Arrubla. Tenía aprecio y exigencia por la forma, por la calidad estilística del texto. Era, al tiempo, solemne e irónico, riguroso, sin renunciar a divertimentos u osadías. Concentrando el sentido producía mensajes secretos para unos pocos; escribía en clave de amistad, de amores y desamores. En algunos de sus textos literarios hay un tono de asunto privado que propone al lector una indagación. Acertijos, señales, luz al fin. Leer a Mario es un placer. Nos sentimos ir en una nave pulcra, en la que el idioma castellano deja oír su música. En sus textos las ideas se presentan desnudas de ropajes académicos, libres de simulación, con una claridad que siempre agradeceremos. Libre del ego de autor, y de la idea de autoría como una propiedad, como firma, como marca registrada, se consagró a mejorar lo que intentaban otros autores. “Escribir es editar”, solía decir.

Entre bastidores, al margen, en la trasescena, Mario Arrubla construyó su obra y nos ayudó a muchos a construir la nuestra. Que esta memoria, hecha con fragmentos de nuestro taller por correspondencia, sirva de gratitud a su magisterio, a su amistad enigmática y su inmensa y amorosa generosidad. ■

REFERENCIAS

- Arrubla, M. (1955). Los condenados. *Letras Universitarias*, 41, 83-84.
Arrubla, M. (1975). *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*. Tercer Mundo. [Primera edición 1967].
Arrubla, M. (1980). Nada y así sea. *Pluma*, 22, 18-19.
Zuleta, J. (2018). Apertura. *La tarde del petirrojo*. Sílabas.